EL ECO DE LO OLVIDADO

WILBERT WUSYNTH

El eco de lo olvidado

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

La novela explora cómo el conocimiento científico sobre el riesgo futuro de demencia desencadena una crisis personal, familiar y ética, cuestionando si es posible —o deseable— predecir lo inevitable, y qué hacemos con el tiempo que nos queda cuando creemos que está contado.

Madrid, 2026

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

El eco de lo olvidado

Capítulo 1 — La gota de sangre

El laboratorio olía a lejía y a tiempo detenido.

Emma Delacroix llevaba doce horas frente a la pantalla cuando el resultado apareció, como aparecen todas las cosas que cambian una vida: sin fanfarria, sin música, sin advertencia. Solo un número en una columna de Excel, destacado en rojo por el algoritmo de detección de anomalías. Un valor de p-tau217 que no debería estar ahí.

El nombre asociado al código de muestra —DLC-0417 — no le dijo nada al principio. Su cerebro, entrenado durante quince años para procesar datos clínicos con la frialdad de un autómata, tardó tres segundos en hacer la conexión. Tres segundos que contenían un abismo.

Chloé.

Su hermana se había ofrecido como control sano en el estudio piloto seis semanas antes, durante una de esas cenas familiares que Emma prefería no recordar. Chloé había aparecido sin avisar, con el pelo recogido en un moño desordenado y las uñas manchadas de óleo azul cobalto, y había dicho, con esa su manera de convertirlo todo en desafío: «Si necesitas voluntarias, aquí estoy. Supongo que no soy lo bastante Delacroix para tener alzhéimer, ¿no?»

Emma había rellenado el consentimiento informado ella misma. Había perforado la vena antecubital de su hermana con la aguja de mariposa, había etiquetado el tubo, lo había centrifugado. Y después lo había olvidado, porque entre las cuatrocientas doce muestras del estudio, la de Chloé era solo una más.

Hasta ahora.

La fluorescencia del laboratorio vibraba con ese zumbido constante que Emma asociaba con la vigilia y la certeza. A las once de la noche, el edificio Pitié-Salpêtrière se vaciaba de todo excepto de los técnicos de guardia y los investigadores compulsivos, esos que confunden la dedicación con la incapacidad de irse a casa. Emma pertenecía al segundo grupo. Lo sabía. Lo había sabido durante años, pero era más fácil no examinarlo demasiado de cerca, igual que era más fácil no mirar el espacio vacío en el lado izquierdo de la cama conyugal, donde Louis debería estar pero rara vez estaba a esas horas.

Frente a ella, el monitor mostraba el resultado con la impasibilidad de lo que no puede sentir. P-tau217: 48.2 pg/mL. Para la población general de su edad, el umbral de riesgo se situaba en 19.8. El valor de Chloé lo triplicaba.

Emma se quitó las gafas. Se frotó los ojos con los nudillos hasta ver manchas luminosas danzando en la oscuridad de sus párpados. Cuando los abrió, el número seguía ahí.

No es posible, pensó. No ella.

Pero la parte de ella que era científica antes que hermana —la parte que se había formado en la escuela de la evidencia, que había publicado diecinueve artículos revisados por pares, que creía en los datos como otros creían en Dios— esa parte sabía que los números no entienden de parentesco ni de justicia. Los números simplemente son.

Miró el reloj. Las once y diecisiete. En Neuilly, su madre estaría revisando la vajilla del domingo siguiente. En algún estudio de arquitectura del octavo distrito, Louis estaría inclinado sobre una maqueta, trazando líneas con la precisión de un cirujano que opera sobre un cuerpo que no es el suyo. Y en algún lugar de Belleville, en un taller que olía a trementina y a café frío,

Chloé estaría pintando, o no estaría pintando, sino simplemente mirando una pared con esa intensidad suya que la gente confundía con ausencia pero que era, en realidad, una forma de presencia más radical.
El teléfono estaba sobre la mesa. Emma lo cogió. Buscó el contacto de Chloé, el último de una lista que incluía a colegas, farmacéuticos, su médico de cabecera y la tintorería del barrio. El pulgar se detuvo sobre el botón verde.
¿Qué le diciría? *Chloé, tu sangre cuenta una historia que tu mente todavía no sabe. Chloé, dentro de quince o veinte años, puede que no recuerdes mi nombre. Chloé, el futuro ha entrado en tu cuerpo sin pedirte permiso y ahora yo soy la única que lo sabe.*
El teléfono sonó tres veces. Al cuarto tono, Emma colgó.
Apagó el monitor. Recogió sus cosas. Salió del laboratorio atravesando el pasillo de baldosas blancas que chillaban bajo sus zapatos, y se encontró con la noche de París, que la recibió con frío y silencio y la promesa siempre rota de que mañana será otro día.
El metro la llevó hasta la parada de Sèvres-Babylone, y desde allí caminó los diez minutos hasta el apartamento de la rue de Babylone que compartía con Louis desde hacía once años. El edificio era un hausmanniano perfecto: fachada de piedra caliza, balcones de hierro forjado, portal de madera oscura con un portero nocturno que la saludaba con la misma frase cada noche —*Bonsoir, docteur Delacroix*— como si el tiempo no transcurriera, como si nada hubiera cambiado desde que ella y Louis se mudaron allí, jóvenes y crédulos, convencidos de que un apartamento con boiseries originales y una chimenea de mármol era una promesa de felicidad.
La luz del estudio de Louis se filtraba bajo la puerta. Emma se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero con

una precisión que heredó de su madre y que la irritaba reconocer, y se detuvo un momento frente a esa línea de luz en el suelo.
Podría entrar. Podría abrir la puerta y decirle: *Louis, mi hermana va a perder la memoria y no sé qué hacer.* Podría sentarse en el borde de la mesa de dibujo, donde tantas veces se había sentado cuando todavía existía la costumbre de interrumpirse, de buscarse, de hablar sin motivo. Podría apoyar la cabeza en su hombro y sentir por primera vez en meses que no estaba sola.
No abrió la puerta.
Fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua. Se quedó de pie junto a la ventana, mirando el patio interior donde un tilo crecía entre las paredes de cemento como una terquedad vegetal, y pensó en su hermana pequeña.
Chloé tenía cuatro años cuando empezó a ser difícil. Esa era la versión familiar, la que su madre contaba en las cenas con una sonrisa que pretendía ser cariñosa pero que contenía, en su borde, algo parecido al reproche. *Desde pequeña supo que no quería ser como los demás.* Como si querer ser como los demás fuera una virtud y rechazarlo, una tara.
Emma, que llevaba seis años cuando Chloé nació, la recordaba de otra manera. Recordaba a una niña que miraba el mundo con una intensidad insoportable, que se quedaba inmóvil frente a un charco de lluvia durante veinte minutos mientras el resto de los niños corrían y gritaban, que preguntaba cosas que los adultos no sabían responder: *¿Por qué las nubes no se caen? ¿Dónde van los pájaros cuando llueve? ¿Por qué la abuela dice mi nombre como si no estuviera segura de que soy yo?*
Esa última pregunta. Emma la recordaba con la nitidez de lo que solo se comprende demasiado tarde. La

abuela materna había empezado a perderse cuando Chloé tenía cinco años. Para cuando murió, siete años después, ya no reconocía a ninguna de las dos, pero conservaba una extraña claridad para la música: se sentaba al piano de cola de la casa de Neuilly y tocaba el *Claro de luna* de Debussy con una perfección que dejaba a todos sin aliento. Como si la melodía viviera en un lugar del cerebro que la enfermedad no alcanzaba, un refugio que el olvido no sabía asaltar. Ahora Emma se preguntaba si ese lugar existía de verdad, o si era solo una historia que las familias se cuentan para soportar lo insoportable. Si había algo que la demencia no podía tocar. O si, por el contrario, todo terminaba siendo consumido y lo que quedaba al final no era música ni memoria ni identidad, sino solo biología: células muriendo, proteínas plegándose mal, un cerebro devorándose a sí mismo con la paciencia de lo inevitable.

Se acabó el agua. Dejó el vaso en el mármol de la encimera, donde dejó un círculo húmedo que le recordó a algo que no pudo precisar. Fue al dormitorio. Se acostó vestida sobre el embozo de la cama, con el teléfono sobre el pecho como un talismán inútil, y se quedó mirando el techo donde las molduras dibujaban una geometría que no consolaba a nadie.

En algún lugar del edificio, Louis cerró una puerta. El sonido llegó amortiguado, como todo lo que procedía de él últimamente: lejano, descifrable, insuficiente.

Capítulo 2 — El estudio del pintor

El óleo se secaba en los bordes de los pinceles con la misma lentitud con que se secan las cosas que no tienen prisa por terminar. Chloé Delacroix llevaba tres días sin lavarse el pelo y dos sin hablar con nadie que no fuera el panadero de la esquina, que le vendía

baguettes integrales y le preguntaba siempre, con la misma sonrisa, *comment ça va*, sin esperar respuesta, porque en Belleville nadie hace preguntas para oírlas.
El taller era un segundo piso en la rue de Belleville con las paredes desconchadas y una claraboya que dejaba entrar la lluvia cuando llovía y la luna cuando había luna y, de día, una luz blancuzca que Chloé consideraba la única honesta de toda París. La había encontrado hacía cuatro años, cuando dejó Neuilly y todo lo que Neuilly significaba —el orden, el silencio entre platos de porcelana, la mirada de su madre midiendo cada gesto como quien pesa ingredientes— y se instaló en este barrio donde la gente hablaba alto, ondeaba la ropa en los balcones, cocinaba especias que olían a otros continentes, y donde nadie preguntaba de dónde venías ni quién era tu familia.
Los lienzos cubrían las paredes como ventanas a mundos incompletos. Chloé no terminaba los cuadros. Nunca había terminado ninguno. Los empezaba con una furia que era casi voracidad, cubría la tela de color en cuestión de horas, y después se detenía, siempre en el mismo punto: cuando la pintura empezaba a parecerse a algo reconocible. Entonces se apartaba, encendía un cigarrillo, y miraba el lienzo como quien mira un espejo que muestra demasiado.
No terminas porque tienes miedo de lo que quedaría si lo terminaras, le había dicho una vez un profesor de Bellas Artes que había tenido la desgracia de intentar analizarla. Chloé le había respondido con una carcajada que no tenía gracia, y no había vuelto a sus clases.
Era mediodía. Chloé llevaba una camiseta manchada de violeta y amarillo de Nápoles y unos pantalones de pijama que habían dejado de serlo hacía tiempo para convertirse en uniforme de guerra. Estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, mirando un

lienzo que representaba algo que podía ser un cuerpo o un paisaje o ambos o ninguno, cuando alguien tocó el timbre.

No esperaba a nadie. En Belleville, el timbre sonaba a deshoras: vecinos que necesitaban sal, carteros que se equivocaban de portal, músicos callejeros que buscaban dónde ensayar. Pero algo en la cadencia de aquel timbre —dos toques cortos, una pausa, uno largo — le dijo quién era antes de que siquiera se levantara. Emma.

La había visto hacía seis semanas, en la cena de su madre. Había ido por reasons que no se confesaba del todo: porque el silencio entre ellas se había vuelto un ruido sordo que le impedía dormir, porque ofrecerse como voluntaria en el estudio de su hermana mayor era una forma de decir *estoy aquí, sigues siendo mi hermana, no me has perdido del todo*sin tener que pronunciar esas palabras que se le atragantaban como piedras.

Abrió la puerta. Emma estaba en el rellano con su abrigo de corte masculino y su bolso de cuero y esa expresión suya de contención que Chloé había aprendido a leer como quien lee las grietas de un muro: por dónde va a ceder, por dónde no.

—Pasa —dijo Chloé, y no fue una invitación, fue un permiso.

El taller de Chloé era lo contrario de la casa de Neuilly y lo contrario del apartamento de Emma y Louis, y Chloé lo sabía y lo cultivaba con la meticulosidad de un jardinero que cuida las malas hierbas. Emma entró y su mirada recorrió el espacio con esa velocidad clasificadora que era su maldición y su talento: registró los lienzos, el desorden, la cafetera llena de posos, el catre deshecho en una esquina, y Chloé supo que su hermana estaba calculando, catalogando,

diagnosticando. Porque Emma no sabía mirar de otra manera. Para ella, todo era dato.
—Quieres café —dijo Chloé, no porque fuera una pregunta.
—No. Vine a…
Emma se detuvo. Chloé la observó. Había algo raro en su hermana hoy. Algo en la mandíbula, en la forma en que sostenía el bolso, en la rigidez de los hombros. Emma estaba nerviosa. Emma, que no se nerviosa ni cuando presentó su tesis doctoral ante un tribunal de siete profesores que incluía a Jean-Dominique Charvet, el neurobiólogo más temido de Europa.
—¿Qué has venido a decirme? —preguntó Chloé, y se apoyó en la encimera de la cocina con los brazos cruzados.
—Nada. Quería verte.
Mentira. Chloé lo supo como sabe una pintora cuándo un color está mal mezclado: por instinto, por esa sensibilidad a lo falso que la vida le había agudizado. Su hermana no visitaba a nadie sin motivo. Emma era la persona más motivada que conocía, para bien y para mal. Cada gesto suyo tenía un objetivo, cada palabra un propósito. Si estaba ahí, era porque había algo que necesitaba decir y no encontraba cómo.
Hacía cinco años, cuando Chloé dejó Derecho para dedicarse a la pintura, su madre Anna le había dicho, en una voz que contenía el infierno entero comprimido en tres octavas: *Vas a destruir tu vida, Chloé. Y lo peor es que sabes que tienes razón y no te importa.* Chloé le había respondido: *Lo que voy a destruir es tu idea de lo que mi vida debería ser. Lo demás ya lo hice yo.*
La discusión había sido el final de algo que llevaba años rompiéndose. Desde entonces, Chloé veía a su madre solo en las cenas dominicales a las que no podía faltar sin que la culpa la devorara, y en esas cenas hablaban de tiempo, de tiempo, de nada.

Emma era diferente. Emma no la juzgaba —al menos no en voz alta—, pero tampoco la alcanzaba. La distancia entre ellas no era de desprecio, era de incomprensión. Emma vivía en un mundo de datos y protocolos; Chloé, en un mundo de color e intuición. Se querían, pero se querían como dos personas que hablan idiomas distintos y se esfuerzan por aprenderse el uno al otro y nunca lo consiguen del todo.

—Estás bien —dijo Emma, y era una afirmación que contenía una pregunta.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Hacía tiempo que no hablábamos.

—Hablamos hace seis semanas. En la cena de mamá. Me miraste como quien mira un bicho raro y yo te dije que me ofrecía como voluntaria en tu estudio para que me miraras como un bicho raro con propósito científico.

Emma sonrió. Era una sonrisa pequeña, forzada, pero era una sonrisa, y Chloé la recibió como recibe la lluvia una planta que lleva demasiado tiempo sin agua: con una gratitud que la avergonzaba.

—El resultado de tu análisis… —empezó Emma.

Chloé levantó la mano.

—Espera. Antes de que sigas. ¿Quieres café o no?

Emma vaciló. Chloé vio cómo la pregunta desviaba el impulso de su hermana, cómo la obligaba a cambiar de 轨道, y por un momento sintió la tentación de dejarla seguir, de oír lo que había venido a decir, de recibir la noticia que fuera que fuera. Pero algo en el aire —algo denso, eléctrico, como antes de una tormenta— le dijo que no estaba preparada.

O sí estaba preparada, pero no quería estarlo.

—Sí —dijo Emma—. Café.

Chloé preparó café. Hicieron las dos cosas que hacen las hermanas que no se conocen y no se ignoran:

hablaron de cosas menores como si fueran mayores y callaron las cosas mayores como si no existieran. Emma mencionó a Louis (*trabajando, como siempre*). Chloé mencionó una exposición que había visto en el Palais de Tokyo (*interesante, pero demasiado pretenciosa, que es la forma elegante de decir que era basura con buen marketing*). Ninguna mencionó el resultado que pendía entre ellas como una espada de Damocles hecha de proteínas y siglas clínicas.
Cuando Emma se fue, Chloé se quedó de pie junto a la puerta abierta, oyendo los pasos de su hermana por las escaleras hasta que el silencio las absorbió.
Cerró. Se sentó frente al lienzo a medio terminar. No pintó.
Esa noche, cuando Belleville se llenó de voces y luces y la vida que la ciudad guarda para los que no duermen, Chloé salió a caminar. Necesitaba moverse, necesitaba que el aire le quitara de encima esa sensación de tela tendida que no se seca, de algo que espera y pesa.
Bajó por la rue de Belleville hasta el canal Saint-Martin, donde el agua negra reflejaba las farolas como lágrimas invertidas. Siguió por el quai de Jemmapes hasta que encontró un bar pequeño, sin cartel, con una luz amarilla que se derramaba sobre la acera como miel. Dentro, un hombre tocaba el piano. No tocaba bien, no tocaba mal. Tocaba como quien habla consigo mismo: sin pretender que nadie escuche.
Chloé pidió un vino tinto. Se sentó en una esquina. Cerró los ojos.
La música la llevó a un lugar que había sellado con cinta adhesiva y guardado en un rincón alto de su memoria: la casa de Neuilly, el salón con las cortinas de seda, el piano de cola de cola junto a la ventana, y la abuela tocando. La abuela, que ya no sabía cómo se llamaban sus nietas pero que sabía, con la certeza del

instinto, que el *Claro de luna* terminaba con un acorde en fa sostenido menor que se disolvía como humo en el aire.
La abuela, que las últimas veces miraba a Chloé con unos ojos en los que no había reconocimiento pero sí algo más doloroso: una ternura sin nombre, una afectuosidad sin objeto, como un amor que ha perdido su dirección pero no su fuerza.
Chloé abrió los ojos. El pianista había cambiado de pieza. El bar vibraba con conversaciones que no eran suyas. El vino estaba intacto.
Se preguntó qué había venido a decirle Emma. Se preguntó por qué, cuando su hermana había empezado a hablar de *el resultado de tu análisis*, algo dentro de ella se había cerrado como una mano que se cierra sobre una llave.
No encontró respuesta. Se terminó el vino, dejó unos euros sobre la barra, y volvió a la calle, donde París la esperaba con su indiferencia inmensa y su inmensa compasión de ciudad que ha visto demasiado para sorprenderse.

Capítulo 3 — La casa de las apariencias
Anna Delacroix había heredado de su madre una certeza y una costumbre. La certeza: que el orden es la forma más alta de la civilización. La costumbre: la mesa dominical.
Cada domingo, a las dos en punto de la tarde, la mesa del comedor de la mansión de Neuilly-sur-Seine se convertía en un dispositivo de precisión. Mantelería de lino blanco, heredada de la abuela. Vajilla de Limoges, comprada por el padre de Anna en 1979. Copas de cristal de Baccarat, seis por comensal, alineadas como soldados en formación. Centerpiece: un arreglo floral que Anna cambiaba cada semana según la estación y

el humor que quería transmitir, que era siempre el mismo: control.
Anna tenía sesenta y siete años y el tipo de belleza que no pide disculpas por envejecer. Pelo plateado, cortado a la altura de la mandíbula en un estilo que una revista había calificado de *powerful elegance*, frase que Anna había encontrado ridícula pero que, en privado, no le desagradaba. Vestía St. John y Chanel con la naturalidad de quien no necesita marcas para ser alguien, pero las usa como un lenguaje: *pertenecemos al mismo mundo, hablamos el mismo código, no nos engañemos*.
Este domingo, la lista de invitados incluía a su prima Béatrice y su marido Philippe, banquero de inversión; a Hélène y Frédéric Marcou, él en el consejo de administración de Sanofi; y a su sobrino Thierry, recién licenciado en Ciencias Políticas con un puesto en el ministerio que su padre le había conseguido. Emma confirmó su asistencia el jueves. Chloé no confirmó nunca, pero aparecía, como los fenómenos meteorológicos: sin avisar y con consecuencias.
Anna había empezado el día a las seis, como todos los días, con una rutina que era su liturgia privada: ducha fría, crema hidratante, veinte minutos de Pilates en el cuarto de gimnasia que había instalado en lo que antes era la habitación de servicio, café solo, periódico. Leía *Le Monde* de principio a fin, sin saltarse nada, con una concentración que había sido, en sus años de profesora de literatura en la Sorbona, su marca: la atención implacable que reservaba para lo que consideraba digno de ser leído.
A las nueve, inspeccionó la mesa. Colocó la cuchara de postre un milímetro a la izquierda. Enderezó una copa. Se apartó, miró el conjunto, y supo que algo faltaba, pero no supo qué.
Era ese no-saber lo que la perseguía.

Hacía tres meses, Anna había ido al neuroólogo. No porque tuviera síntomas. Porque tenía miedo. El miedo había empezado el día en que, en medio de una conferencia, no pudo encontrar la palabra *inefable*. La tenía en la punta de la lengua, la sentía como se siente la presencia de alguien en una habitación vacía, pero la palabra no venía. Tardó cuarenta segundos en encontrarla. Cuarenta segundos que se extendieron como un universo.

El neuroólogo le había hecho pruebas. Memoria, lenguaje, función ejecutiva. Todo dentro de lo normal para su edad. *No hay motivos de alarma*, le dijo. Anna asintió, le agradeció, y salió de la consulta con la certeza de que el médico no había entendido nada. No era la palabra perdida lo que la asustaba. Era la posibilidad de que, algún día, no supiera que la había perdido.

Su madre había tardado diez años en desaparecer del todo. Los primeros signos fueron sutiles: repetía preguntas, olvidaba dónde dejaba las llaves, llamaba a Anna por el nombre de su hermana muerta. Después vinieron los años de niebla: la mirada vacía, las manos que no reconocían los objetos, los días en que preguntaba por su marido que había muerto hacía veinte años como si acabara de salir de la habitación. Y al final, los meses de silencio: la madre que ya no hablaba, que no se movía, que miraba al techo con unos ojos que habían dejado de contener a alguien.

Anna había sido quien la cuidó. No ella sola, había habido enfermeras, auxiliares, la estructura de una familia con recursos para delegar lo que nadie quiere hacer. Pero Anna era quien iba cada día, quien le sujetaba la cuchara, quien le leía poemas que su madre ya no podía oír pero que Anna leía de todos modos, porque leer era su forma de amar y no sabía amar de otra.

Ahora, en el comedor de Neuilly, Anna alineaba las copas y se preguntaba si, en algún punto de su cerebro, las placas de amiloide ya estaban formándose. Si, como una casa que se desmorona desde dentro, el deterioro había empezado y ella no lo sabía.

Llegaron a las dos. Béatrice con un vestido de Dior que costaba lo que un coche pequeño. Hélène con un pelo recién teñido y un collar que quería que le comentaran. Frédéric Marcou con la sonrisa profesional de quien está acostumbrado a vender cosas que no existen. Emma llegó sola. Louis, dijo, tenía un proyecto urgente. Anna no comentó la ausencia. Hacía años que Louis faltaba a las cenas con una regularidad que ya no era descortesía sino costumbre, y Anna había decidido que era más elegante no señalarlo.

Chloé apareció a las dos y veinticinco. Veinticinco minutos de retraso, que en el código de Anna significaban: *no me importa tu tiempo ni tu mesa ni tu orden*. Llevaba una chaqueta de hombre sobre una camiseta blanca arrugada y unas botas que habían visto demasiados inviernos. El pelo suelto, sin peinar, con una rama de algo que parecía romero enganchada detrás de la oreja.

—Perdón —dijo, y no lo decía.

—Sienta, Chloé —dijo Anna, y no lo pedía.

La comida transcurrió con la fluidez aceitada de estas ocasiones. Philippe habló de los mercados, de China, de la nueva regulación europea que iba a *complicar las cosas* (siempre *complicar las cosas*, como si las cosas fueran, por naturaleza, simples y los reguladores su principal amenaza). Frédéric habló de una conferencia sobre neurociencia a la que había asistido, y mencionó las *perspectivas terapéuticas* del alzhéimer con la ligereza de quien habla de inversiones inmobiliarias. Thierry habló de su puesto en el ministerio y de los

desafíos de la integración, frase que contenía un discurso entero que nadie le pidió que desarrollara.
—La inmigración —dijo Philippe, sirviéndose más Burdeos— es un tema que requiere honestidad. No podemos fingir que no hay un problema.
Anna observó a Chloé, que llevaba diez minutos sin hablar, cortando su cordero en trozos cada vez más pequeños. Conocía esa silencio. Era el silencio de antes de la tormenta.
—¿Qué tipo de honestidad, Philippe? —preguntó Chloé, y su voz tenía la calma del que enciende una mecha.
—La de reconocer que no toda inmigración es igual. Que hay culturas que se integran y otras que…
—Otras que qué.
—Chloé —dijo Emma, con tono de advertencia.
—No, déjala —dijo Anna, con una serenidad que era acero.
Chloé miró a su madre. Luego miró a Philippe. Luego miró los platos de porcelana, las copas de cristal, las flores cortadas en un arreglo que costaba más que el alquiler de su taller, y dijo:
—Lo gracioso es que, en esta mesa, todos nos beneficiamos de la inmigración. El cordero que comemos lo mató un carnicero argelino en La Courneuve. Las flores las plantó un jardinero maliense que cobra cinco euros la hora. El vino lo recogieron temporeros que duermen en chabolas. Y aquí estamos, hablando de *integración* con la boca llena.
Silencio. Anna dejó la copa sobre la mesa con un sonido que, en el código de Neuilly, significaba: *has cruzado la línea*.
—Chloé —dijo Anna—, estamos comiendo.
—Sí. Lo sé. Esa es exactamente la idea.
El postre se sirvió en un silencio que pesaba como un mueble. Béatrice habló del tiempo. Hélène dijo que el

crème brûlée estaba exquisito. Thierry miró su plato como si buscara una salida de emergencia.
Cuando los invitados se fueron, Anna se quedó en el salón. Emma se acercó.
—Mamá…
—Está bien. No está bien, pero está bien.
Anna fue a su habitación. Cerró la puerta. Se sentó frente al tocador donde, sobre la madera de caoba, había una fotografía enmarcada de su madre a los treinta años. En la foto, su madre estaba sentada al piano. Sonreía. Tenía la misma mandíbula que Chloé.
Anna se miró en el espejo del tocador. Se miró con esa atención que dedicaba a la mesa, a las flores, a todo lo que necesitaba estar en su sitio. Se buscó en el reflejo. Se preguntó si, detrás de los ojos que la miraban, algo ya estaba cambiando.
No supo la respuesta. Y ese no-saber fue, durante un instante, lo más parecido a la soledad que había sentido en su vida.

Capítulo 4 — El becario
Jules Aït-Ahmed había aprendido a leer a los cuatro años descifrando los envases de productos de limpieza que su madre usaba en las casas donde trabajaba. *Ajax. Paic. St. Marc.* Palabras que, para él, fueron antes objetos que significados: botes que pesaban en la cesta del supermercado y que después se convertían en el olor de las casas ajenas, esas casas que su madre limpiaba y que Jules no pisaba porque los señores *no quieren niños*.
Ahora, a los veintiséis, Jules estaba en el laboratorio de la Pitié-Salpêtrière, procesando muestras de sangre con la reverencia de quien toca algo sagrado. Y, en cierto modo, lo era. Cada tubo contenía una historia futura: el destino cognitivo de una persona, escrito en

proteínas que todavía no habían desencadenado nada pero que ya estaban ahí, como semillas de un árbol que tardará décadas en crecer pero cuya semilla ya ha caído en la tierra.

Jules era el primero de su familia en llegar a la universidad. Su padre, Mustapha, había llegado de Argelia en 1989 con un contrato de tres meses en una fábrica de plásticos de Lyon. Treinta y cinco años después, seguía en Lyon, seguía en fábricas, aunque había cambiado el plástico por las piezas de automóvil y la noches de intemperie por un piso de protección oficial en Vénissieux. Su madre, Yasmina, limpiaba casas. Tenía las manos agrietadas y una fe inquebrantable en la educación como escalera al cielo, una fe que había depositado enteramente en Jules y que pesaba sobre él como una catedral.

—¿Cuándo tendrás un puesto fijo? —preguntaba Yasmina cada vez que hablaban por teléfono, que era cada noche, a las nueve, hora de Lyon.

—Mamá, la investigación no funciona así. Hay becas, contratos temporales, publicaciones, evaluaciones…

—Treinta años tengo yo limpiando casas. Treinta años. Para que tú estés en París, en un hospital grande, con tu bata blanca. Y me dices que no tienes un puesto fijo.

—No es que no tenga, es que…

—¿Cuánto cobras?

—Mamá.

—Dime.

—Mil ochocientos. Netos. Al mes.

Silencio. Ese silencio que, en la línea telefónica entre Lyon y París, contenía la decepción de una madre que no entiende cómo su hijo, con dos másteres y un doctorado en curso, gana menos que ella limpiando tres casas.

—Es temporal, mamá. Es un paso. Es…

—Yo también dije que era temporal. Hace treinta años.

Jules colgó con el peso habitual: una mezcla de amor y culpa y rabia que no se disolvía con nada. Se quedó en su apartamento de treinta metros cuadrados en el distrito trece, junto a la Place d'Italie, donde el alquiler se comía la mitad de su sueldo y los vecinos peleaban a las tres de la mañana con una pasión que Jules, en sus momentos más oscuros, envidiaba: al menos se gritaban. Al menos se comunicaban.

Al día siguiente, Jules volvió a los datos.

El estudio piloto de Emma tenía 412 muestras. Cada una con sus variables: edad, sexo, IMC, función renal, niveles de p-tau217 en plasma, y una columna de notas que Emma había insistido en mantener *por si acaso*. Jules era el encargado de revisar las correlaciones secundarias, esos factores que el protocolo principal no contemplaba pero que podían afectar los resultados.

Llevaba tres semanas reanalizando datos. Y algo le picaba.

Un subgrupo de muestras mostraba niveles de p-tau217 elevados sin la correspondiente acumulación de amiloide en los PET posteriores. En teoría, la p-tau217 debía correlacionar con patología amiloide: si había una, había la otra. Pero en doce muestras, la correlación no se cumplía. Doce de cuatrocientas doce. Un 2.9%. Estadísticamente insignificante, clínicamente irrelevante.

Excepto que una de esas doce muestras era la de Chloé Delacroix.

Jules no sabía que era la de Chloé. Solo tenía el código: DLC-0417. Pero sabía que Emma lo había mirado de una manera extraña la semana anterior, cuando le pidió que se centrara en ese subgrupo. *Revisa los factores de confusión*, le había dicho. *Especialmente función renal.* Y después había

agregado, con una frialdad que no era la suya: *Y no hables de esto con nadie. Todavía no.*

Jules obedecía. Emma era su mentora, su modelo, la persona que le había dado la beca cuando otros laboratorios lo habían rechazado por *falta de perfil*, frase que en el mundo académico francés significaba: tu apellido no suena francés y tu colegio no estaba en la lista de los buenos. Emma lo había elegido por su expediente y por su artículo sobre biomarcadores neurodegenerativos, pero también —Jules lo sabía— por algo que ella no admitiría: por una idea de justicia que, en una mujer de su clase y su educación, era casi una excentricidad.

Pero ahora Emma le pedía discreción. Y la discreción, para Jules, tenía un sabor que conocía: el sabor del secreto, el sabor de lo que no se dice en las familias, el sabor de las casas que su madre limpiaba y donde los señores *no querían niños*.

¿Qué hacía cuando la verdad y la lealtad no apuntaban en la misma dirección?

Esa noche, Jules releyó el artículo que lo había decidido a estudiar neurociencia. No fue un artículo de Nature ni de Science. Fue un caso clínico publicado en una revista china que apenas circulaba en Europa: el de un joven de diecinueve años diagnosticado con alzhéimer de inicio juvenil sin causa genética conocida.

Diecinueve años. La edad de Jules cuando entró en la universidad. La edad en que la vida todavía no ha empezado a pesar de que uno cree que ya ha vivido mucho.

El caso lo había encontrado durante el doctorado. Lo había leído tres veces. Cada vez, la misma pregunta le atravesaba como un rayo: ¿qué haría yo si supiera que mi mente tiene fecha de caducidad?

No era una pregunta abstracta. Jules había visto a su abuelo, en Argel, perderse en los últimos años de su

vida. Lo había visto sentado en el patio de la casa familiar, mirando a un punto que no estaba en ninguna parte, con una sonrisa que no era para nadie. *Abuelo*, le decía Jules, *soy yo, Jules.* Y el abuelo lo miraba con esos ojos que ya no contenían rostros y decía: *Sí. Sí. Claro.* Como quien repite una palabra en un idioma que ya no habla.

Jules apagó la luz. Se tumbó en su colchón del suelo —no tenía cama, tenía un colchón de futón que su madre le había regalado y que era, según Yasmina, *lo bastante bueno para un estudiante*—, y se quedó mirando el techo manchado de humedad.

Pensó en su padre, que trabajaba de noche y dormía de día y que, en los ratos que le dejaba la fábrica, leía el periódico con una lentitud que Jules, de niño, confundía con torpeza. Ahora sabía que su padre leía despacio porque cada palabra era un puente entre dos mundos: el francés que hablaba mal y el árabe que soñaba. Cada palabra era una conquista.

¿Qué haría su padre si supiera que algún día las palabras se le irían? ¿Seguiría leyendo? ¿O cerraría el periódico y se quedaría en silencio, como quien guarda lo que sabe que va a perder?

No encontró respuesta. El sueño lo alcanzó antes que la madrugada, y soñó con tubos de ensayo que contenían sangre que cantaba, como si las proteínas, al mezclarse, produjeran una música que solo él podía oír.

Capítulo 5 — El arquitecto de silencios

Louis Mercier construía cosas que no se podían habitar.

Planos, maquetas, perspectivas. Rectas que se cruzaban en ángulos perfectos, curvas que obedecían leyes de geometría que no admitían improvisación. Su estudio, en un loft del distrito ocho, era una catedral

del orden: lápices Faber-Castell alineados por gradación, estilográficas en soportes de metal, papel Canson apilado en pilas que medían exactamente lo mismo. Las maquetas ocupaban las mesas como ciudades en miniatura: edificios de cartón pluma, calles de cinta adhesiva, árboles de alambre y musgo.

Louis tenía cuarenta y cinco años y el tipo de belleza que cansa de mirarse a uno mismo. Se miraba en los espejos de los ascensores, en los cristales de las fachadas, en la pantalla negra del ordenador cuando se apagaba, y lo que veía le producía una insatisfacción que no era vanidad sino su contrario: la sospecha de que el rostro que le devolvía la mirada no era el suyo, sino una máscara de éxito que había llegado a pegarse a la piel.

Se había casado con Emma hace doce años. La recordaba en la fiesta donde se conocieron —casa de un amigo común, jardín lleno de gente joven que bebía demasiado y reía demasiado—, con un vestido azul y una copa en la mano y una mirada que, al cruzarse con la suya, le hizo pensar que alguien acababa de abrir una puerta en una habitación donde él llevaba años sin encontrarla.

Eso fue antes. Antes de las noches de guardia de Emma, de los congresos, de los artículos, de las reuniones. Antes de que él, para no esperarla, empezara a quedarse más tiempo en el estudio. Antes de que el silencio entre ellos dejara de ser incómodo y se convirtiera en costumbre, y la costumbre en identidad, y la identidad en cárcel.

Ahora, Louis trabajaba en un proyecto que era, si se miraba bien, una declaración: el diseño de un centro de investigación neurológica financiado por la fundación Beaumont, una de las familias farmacéuticas más ricas de Francia. El edificio debía ser, según las especificaciones, *funcional, luminoso, humano*. Louis

había diseñado una estructura de hormigón blanco y vidrio, con un atrio central que dejaba entrar la luz y jardines interiores que serpenteaban entre los laboratorios. Era hermoso. Era perfecto. Era, como todo lo que Louis hacía, una forma de no pensar en otra cosa.

Emma llegó a casa a las diez. Louis la oyó entrar, quitarse el abrigo, ir a la cocina. Los sonidos de su mujer se habían vuelto, con los años, un lenguaje de fondo que interpretaba sin entender: el ruido del grifo significaba cansancio, el del horno significaba que había comido fuera, el silencio significaba que algo pasaba.

Esta noche, había silencio.

Louis la encontró en el salón, sentada en el sofá con los zapatos todavía puestos y la mirada fija en un punto del vacío. Se sentó a su lado. No la tocó. Hacía tiempo que el contacto físico entre ellos era una gramática olvidada: necesitaban un diccionario que ninguno tenía.

—Emma.

—Louis.

—¿Qué pasa?

Silencio. Louis contó hasta cinco. Era su método: cinco segundos antes de insistir. Lo había aprendido de un libro de negociación que había leído hacía años y que, aplicado al matrimonio, producía resultados mediocres pero no catastróficos.

—Mi hermana. El estudio. Dio positivo.

No dijo *alzhéimer*. No dijo *demencia*. No dijo *p-tau217*. Dijo *positivo*, como quien dice *tiene cáncer* o *está embarazada* o *se ha ido*. Una palabra que contiene un universo y que, por su misma neutralidad, hace que el universo sea más soportable.

Louis procesó la información. La procesó como procesaba todo: con la cabeza. Primero la estructura,

después los detalles. Primero el marco, después el contenido.
—¿Qué probabilidades hay?
—De qué.
—De que desarrolle la enfermedad. Con un valor así, ¿cuál es el riesgo relativo?
Emma lo miró. En sus ojos había algo que Louis no vio, o no quiso ver, porque verlo habría requerido dejar de analizar y empezar a sentir, y Louis no sabía sentir sin romper algo.
—Un cociente de riesgo de 7.2 respecto a la población general. A los sesenta, la probabilidad de síntomas sería del 45-55%. A los setenta, del 70-80%.
—¿Y las opciones? ¿Hay tratamiento? ¿Prevención?
—Hay ensayos. Lecanemab, donanemab. Pero son para estadios sintomáticos. Para alguien asintomático…
—¿No hay nada.
—No. Hay esperanza. Hay datos. Hay probabilidades. Pero no hay nada que se pueda hacer ahora.
Louis asintió. Empujó una maqueta hacia un lado de la mesa, como quien aparta algo que estorba para dejar espacio a algo más importante, aunque lo más importante fuera el silencio.
—Lo siento —dijo, y lo decía, pero la palabra sonaba como ladrillo sobre ladrillo: sólida, útil, sin calor.
Emma se levantó. Fue al dormitorio. Cerró la puerta con la suavidad de quien no quiere hacer ruido pero necesita hacer barrera.
Louis se quedó en el salón. Pensó en su padre, que había muerto hacía ocho años sin que Louis pudiera decirle nada importante. Su padre había sido un hombre de pocas palabras y muchas horas de trabajo, un ingeniero que diseñaba puentes y que, al final, no había sabido construir el único puente que importaba: el que lo unía a su hijo.

Louis lo había prometido: *no seré como él*. Pero ahora, sentado en el sofá donde su mujer acababa de sentarse y levantarse sin que él la tocara, se preguntó si la promesa no era, simplemente, otra forma de ser igual.

Tres días después, Louis fue a ver a Chloé.

No le dijo a Emma. No le dijo a nadie. Fue un impulso que surgió de un lugar que Louis no sabía que existía: la necesidad de hacer algo que no fuera planificar, calcular, diseñar. Algo que fuera, simplemente, estar.

El taller de Belleville lo recibió con su olor a óleo y desorden. Chloé abrió la puerta con una brocha en la mano y una mirada que decía *no esperaba a nadie y menos a ti*.

—¿Louis?

—¿Puedo pasar?

Chloé lo dejó entrar. Louis miró los lienzos, las paredes desconchadas, la luz de la claraboya. Vio, en una esquina, un cuadro que representaba algo que podía ser una mano o una hoja o un río. No supo qué era, pero le gustó.

—Emma te lo ha contado —dijo Chloé. No era una pregunta.

—Sí.

—Y has venido a ver a la enferma.

—No. He venido a ver a mi cuñada.

Chloé soltó una risa breve, seca, que contenía más tristeza que desprecio. Le ofreció café. Louis aceptó. Se sentaron en dos sillas desparejas junto a la ventana que daba a la calle, donde abajo, la vida de Belleville seguía su curso con la indiferencia de lo que siempre ha existido.

—¿Cómo estás? —preguntó Louis.

—No lo sé. Emma no me ha dicho nada todavía, pero la conozco. Y la vi el otro día, aquí, con esa cara que

pone cuando el mundo no cabe en sus datos. Sé que algo pasa.
—No te ha dicho nada.
—No. Y eso me asusta más que lo que sea que no me está diciendo. ¿Sabes? Mi hermana nunca calla. Si calla, es grave.
Louis miró sus manos. Manos de arquitecto: largas, con callos en los dedos de tanto sostener lápices. Manos que sabían trazar líneas pero no sostener a nadie.
—Chloé. No soy la persona indicada para…
—¿Todavía la quieres?
La pregunta cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Louis oyó el eco y no respondió. No respondió porque no sabía la respuesta, o porque la sabía y le dolía, o porque la respuesta era tan simple que se había vuelto imposible.
¿Todavía la quieres? Era una pregunta que, formulada por Chloé, contenía otra: *¿Todavía te quieres?* Porque Chloé, con esa su intuición de pintora que ve lo que otros miran sin ver, había adivinado lo que Louis se negaba a admitir: que su matrimonio se había vuelto una arquitectura sin habitantes, una casa sin gente, un proyecto hermoso y vacío.
Louis se levantó. Fue hasta la puerta. Se detuvo. Miró a Chloé, que seguía sentada con la brocha en la mano y la cabeza ladeada, esperando.
—No lo sé —dijo, y era la primera vez en años que decía algo que no sabía.

Capítulo 6 — El tiempo robado
Léo tenía un cuaderno donde escribía todo lo que quería recordar.

Mañana: comprar leche. Miércoles: cita con el neurólogo. Jueves: llamar a mamá. Viernes: exam final de Filosofía. No olvidar. No olvidar. No olvidar.
El cuaderno era de tapas negras, de esos que se venden en las papelerías del Barrio Latino, y Léo lo llevaba a todas partes como un amuleto. Lo tenía en el bolsillo del abrigo, en la mesilla de noche, en la mochila de la universidad. Era su segunda memoria, la memoria externa, la que confiaba a la tinta porque la carne le fallaba.
Tenía diecinueve años y alzhéimer.
El diagnóstico había llegado hacía seis meses, después de un año de síntomas que Léo, y su madre, y sus amigos, y su médico de cabecera, habían atribuido a todo menos a lo que era. Estrés. Falta de sueño. Ansiedad. *Es normal, a tu edad, con los exámenes, con la presión, con la vida.* Pero cuando Léo olvidó el nombre de su mejor amigo en medio de una conversación —el nombre, la palabra que define a una persona, su etiqueta en el mundo—, algo se rompió.
Las pruebas fueron extensas. Resonancia magnética, PET cerebral, análisis de líquido cefalorraquídeo, panel genético completo. No hallaron mutaciones en PSEN1, PSEN2 ni APP. No había historia familiar. No había causa. Solo la sombra, la placa, la proteína que se había instalado en su cerebro como un inquilino que nadie había invitado y que no pensaba irse.
El caso de Léo era, como el del joven chino del que Jules había leído, un alzhéimer de inicio juvenil sin causa genética conocida. Una rareza estadística. Una anomalía. Un dato que no encajaba en ningún protocolo y que, por eso mismo, lo asustaba más que cualquier pronóstico.
Emma lo visitó en el hospital donde estaba siendo reevaluado. Léo estaba sentado en la cama, con el cuaderno en las rodillas y una camiseta de los Beatles

que le quedaba demasiado grande. Tenía la delgadez de quien ha dejado de comer sin darse cuenta.
—Tía Emma.
—Léo.
Se sentó a su lado. Léo la miró con unos ojos que contenían, en su claridad, una desesperación que no debería existir a los diecinueve años. Eran ojos de quien ha visto el final del camino cuando acaba de empezar a caminarlo.
—¿Para qué estudio? —preguntó Léo, y la pregunta no era retórica—. Si dentro de cinco años no voy a recordar a Kant ni a Hegel ni a Spinoza. Si dentro de diez no voy a recordar mi propio nombre. ¿Para qué?
Emma no respondió enseguida. El silencio fue su manera de respetar la pregunta, de no trivializarla con un consuelo que sería mentira.
—¿Te importa lo que estudias?
—Sí. Me importa. La filosofía es lo único que…
Se detuvo. Buscó la palabra. Emma lo vio buscarla, lo vio luchar con la lengua como quien busca una llave en un bolsillo lleno de agujeros.
—La filosofía es lo único que… me hace sentir… *presente*. Como si pensar fuera una forma de existir más fuerte que solo estar.
—Entonces estudia.
—¿Para qué, si lo voy a perder?
—Porque lo que aprendes hoy no es para mañana. Es para ahora. Para el ahora de mañana, cuando llegue. Y después para el ahora de pasado mañana. No estudias para recordar. Estudias para estar.
Léo lo pensó. Bajó la mirada al cuaderno. Escribió, con una letra que temblaba levemente: *No estudias para recordar. Estudias para estar.*
—¿De verdad lo crees?

—No lo sé —dijo Emma, y fue la respuesta más honesta que pudo darle—. Pero es lo que me digo a mí misma cada mañana, cuando voy al laboratorio.

El flashback vino sin permiso, como vienen todos los recuerdos que importan.

Léo tenía diecisiete años. Era una fiesta en un apartamento de Montmartre, con música demasiado alta y humo y risas y esa promesa de eternidad que solo se siente a los diecisiete. Léo estaba enamorado de una chica llamada Inès, que llevaba un vestido rojo y que se reía de todo y que, cuando él le preguntó si quería bailar, le dijo *siempre* con una seriedad que contenía el universo.

Bailaron. Léo recuerda la música, el calor del cuerpo de Inès contra el suyo, la sensación de que el tiempo se había detenido. Y después, en medio de la fiesta, con la música y las risas y la eternidad, Léo olvidó el nombre de la canción. La canción que estaba sonando. La que estaba bailando. La que estaba dentro de su cuerpo.

No era una canción importante. Era una canción cualquiera. Pero el hecho de no poder situarla, de tenerla en la punta de la lengua y no poder nombrarla, le produjo un vértigo que no era miedo sino su anuncio: la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, de que algo cedía.

Meses después, olvidó cómo se llamaba el libro que estaba leyendo. Se lo dijo a su madre. Su madre le dijo que era normal, que a todos nos pasan esas cosas. Léo asintió. Pero por la noche, en su cama, con el cuaderno sobre el pecho, escribió: *He olvidado el nombre del libro. Mañana recordaré. Tengo que recordar.*

No siempre recordaba.

Emma salió del hospital con los ojos secos y la garganta cerrada. Caminó hasta la parada de metro sin

ver nada, los edificios y los coches y los peatones difuminados por una niebla interior que le impedía distinguir el mundo exterior del suyo.
En el metro, sacó el teléfono. Marcó el número de Chloé. Esta vez, no colgó.
—¿Emma?
—Chloé. Tengo que decirte algo.
Silencio. Emma oyó, al otro lado, el ruido de la ciudad de Chloé: un claxon, una conversación lejana, el eco de Belleville.
—¿Qué pasa?
—Tu resultado. En el estudio. Tu nivel de p-tau217 es elevado. Muy elevado. Hay una probabilidad significativa de que…
No pudo terminar. No porque le faltara la palabra, sino porque la palabra le faltaba a ella: *alzhéimer*, la palabra que define el futuro de su hermana, la palabra que su ciencia usa con la precisión de un bisturí pero que, dirigida a alguien que se ama, se convierte en un cuchillo.
—Chloé, hay riesgo de que desarrolles demencia.
Silencio. Un silencio que contenía todo lo que ninguna de las dos había dicho en años: las discusiones, las distancias, las cenas en Neuilly, los abrazos que no se dieron, las llamadas que no se hicieron, la vida que se acumula entre dos hermanas como sedimento en un río, y que ahora, en este silencio, subía a la superficie.
—¿Estás segura? —preguntó Chloé, y su voz era la de alguien que pregunta algo que ya sabe.
—No. No estoy segura. El análisis de sangre es un marcador de riesgo, no un diagnóstico. Hay que confirmar con PET y punción lumbar. Puede haber factores de confusión. Puede haber error. Pero, Chloé…
—Pero.
—El riesgo es real.

Otro silencio. Después, la voz de Chloé, que no era ni llanto ni furia sino algo que contenía a ambos:
—¿Y qué se supone que hago con eso, Emma? ¿Qué se supone que hago sabiendo que mi cerebro me va a traicionar? ¿Que voy a ser como la abuela? ¿Que voy a olvidar mi nombre, mi cara, mi vida? ¿Qué hago?
Emma no tenía respuesta. Solo tenía ciencia. Y la ciencia, en ese momento, no servía para nada.
—Lo siento —dijo, y fue lo único que pudo decir.
—Yo también —dijo Chloé, y colgó.
Esa noche, Léo escribió en su cuaderno. Letra temblorosa, tinta azul, hojas rayadas:
No sé quién seré mañana. Pero hoy soy esto. Hoy soy el que escribe. Hoy soy el que recuerda. Hoy soy.
Cerró el cuaderno. Lo puso en la mesilla. Apagó la luz. En la oscuridad del hospital, con el ruido de los monitores y el murmullo del pasillo, Léo cerró los ojos y se durmió con la esperanza de que, al despertar, siguiera siendo él.

Capítulo 7 — La conferencia
Londres la recibó con lluvia, que es la manera que tiene Londres de decir *bienvenida* sin entusiasmo.
Emma tomó el Eurostar el martes por la mañana, con un maletín que contenía su presentación en una memory stick y una ansiedad que no cabía en ningún equipaje. La Conferencia Internacional sobre Alzhéimer y Parkinson, celebrada en el centro de convenciones de ExCeL, reunía a tres mil científicos de cuarenta países, y Emma, por primera vez en su carrera, era ponente principal en una sesión plenaria.
Su presentación: *Análisis de sangre para la detección precoz de la patología alzhéimer: resultados del estudio piloto Pitié-Salpêtrière*. Cuarenta y dos diapositivas, veintiocho minutos, diez de preguntas. El resumen

ejecutivo lo sabía de memoria. Los datos, también. Lo que no sabía era cómo mantener la voz firme cuando las diapositivas mostraran el caso DLC-0417, anonimizado pero reconocible para ella como el rostro de su hermana en una sala llena de extraños.

La conferencia era un cosmos. Salas enormes con pantallas LED, pasillos alfombrados, stands de laboratorios farmacéuticos que distribuían bolígrafos y folletos y sonrisas profesionales. Eli Lilly, Roche, Biogen, Eisai. Emma caminó entre ellos con la sensación de quien camina por un mercado donde lo que se vende no son objetos sino futuros: el futuro de millones de personas que, algún día, perderán sus recuerdos, y el futuro de los accionistas que esperan rentabilidad de esa pérdida.

Presentó a las once. La sala estaba medio llena —la conferencia paralela sobre terapia génica atraía más público—, pero entre los asistentes estaban los que importaban: editores de *Lancet Neurology*, directores de los NIH americanos, un representante de la Comisión Europea. Emma habló con la claridad que la caracterizaba: datos, gráficos, intervalos de confianza. Cuando llegó a la diapositiva del subgrupo de falsos positivos potenciales, mencionó, con la sobriedad de quien registra un dato y no una herida, que estaba revisando factores de confusión. No mencionó a Chloé. No mencionó el caso DLC-0417. La ciencia tiene su propia gramática, y en esa gramática, las hermanas son muestras.

Cuando terminó, hubo aplausos educados y una cola de preguntas. La más incómoda vino de un neurólogo japonés que preguntó, con cortesía despiadada: *¿Cómo gestiona usted, doctora Delacroix, el impacto psicológico en los pacientes que reciben un positivo sin tener síntomas? ¿Qué hace con el miedo que genera?*

Emma respondió con lo que tenía: protocolos de seguimiento, apoyo psicológico, consentimiento informado. Pero la pregunta le quedó dentro como una astilla.

Después de la sesión, una mujer se acercó. Se llamaba Sarah Chen, neurologista de la Mayo Clinic, cincuenta años, pelo corto, voz grave y una sonrisa que contenía una fatiga que Emma reconoció: la fatiga de quien ha visto demasiado.

—Tu presentación. Impresionante.

—Gracias.

—Pero hay algo que no dijiste.

—¿Qué?

—Los falsos positivos. Tienes un subgrupo que no encaja. Y no dijiste qué piensas hacer con eso.

Emma la miró. Sarah Chen la miró. En el mundo de la ciencia, ciertas miradas son más honestas que los datos.

—Estoy revisándolo.

—Bien. Porque yo tuve un caso. Hace tres años. Una mujer de cincuenta y dos, positive en p-tau217, sin síntomas. Le dije que tenía riesgo. Se divorció. Vendió su casa. Dejó el trabajo. Escribió un testamento. Se preparó para morir.

—¿Y?

—Era falso positivo. Una nefropatía que falseaba el marcador. Cuando nos dimos cuenta, dos años después, la mujer ya no tenía vida que perder.

Emma sintió el suelo ceder. No físicamente, sino en ese lugar donde la ciencia y la vida se encuentran y la ciencia descubre que no es suficiente.

—¿Cómo lo gestionaste?

—No lo gestioné. Me culpé. Sigo culpándome. Es lo que tiene dar a la gente información sobre un futuro que no puedes evitar y que puede que no ocurra.

—¿Deberíamos no darla?

—No lo sé. Esa es la pregunta que nos persigue. ¿Es mejor saber? ¿O es mejor vivir sin saber y dejar que el futuro llegue cuando llegue?
—Yo le dije a mi hermana.
Sarah Chen la miró. No dijo nada. Solo puso una mano en el hombro de Emma, y durante un momento, en medio del ruido de la conferencia y los stands y los futuros que se compraban y vendían, las dos mujeres compartieron el peso de un saber que ninguna había pedido.
Esa noche, en su habitación de hotel, con la vista sobre el Támesis y las luces de la ciudad que nunca duerme, Emma llamó a Chloé.
—¿Qué quieres? —preguntó Chloé, y la hostility era una armadura que Emma reconocía porque la había usado ella misma toda su vida.
—Hablar.
—No tengo nada que decirte.
—Yo sí. Quiero decirte que lo siento. Que no debería haberlo hecho así. Que tendría que haberte dado la opción de no saber.
Silencio.
—¿Crees que no saber habría sido mejor?
—No lo sé. Creo que no saber es una forma de libertad. Y te la quité.
—Sí. Me la quitaste.
—Lo sé.
Otro silencio. Después, la voz de Chloé cambió. No se volvió más suave, se volvió más verdadera, más cercana al hueso.
—Tengo miedo, Emma.
—Lo sé.
—Tengo un miedo que no puedo pintar. Que no puedo convertir en nada. Es un miedo que se queda ahí, como un color que no existe en la paleta.
—Lo sé.

—¿Tú tienes miedo?
—Sí. De todo. De que te enfermes. De que yo me enferme. De que mamá se enferme. De que mi matrimonio sea ya un matrimonio. De que mi ciencia sea una forma de no vivir.
—Lo es.
—¿El qué?
—Tu ciencia. Es una forma de no vivir. Lo es porque la vida no se puede controlar, Emma. No se puede poner en un tubo de ensayo. No se puede predecir. Solo se puede vivir.
—Lo sé. Pero no sé hacer otra cosa.
—Yo sí. Yo sé hacer otra cosa.
—¿Qué?
—Pintar. Pintar lo que tengo. Pintar lo que soy hoy. Ahora. Antes de que el mañana llegue.
Emma miró por la ventana. Las luces de Londres se reflejaban en el río como promesas rotas. Pensó en su abuela, en el piano, en la música que sobrevivió al olvido. Pensó en Léo, en su cuaderno, en su *hoy soy esto*. Pensó en Chloé, en su taller, en sus cuadros sin terminar.
—¿Puedo ir a verte cuando vuelva?
—Sí.
—¿Puedo traer café?
—Sí.
Colgaron. Emma se quedó mirando la ciudad. En algún lugar de París, Chloé estaba pintando. En algún lugar de un hospital, Léo estaba escribiendo. En algún lugar de Neuilly, su madre estaba alineando copas. Y ella, Emma Delacroix, neuróloga de treinta y ocho años, científica, hermana, hija, esposa, se preguntó, con la honestidad que la ciencia le había enseñado y la vida le exigía, si había hecho bien en dedicar su vida a predecir lo que no podía evitar.

No encontró respuesta. Pero, por primera vez, no buscó una. Se quedó con la pregunta, como se queda uno con una ventana abierta en una noche de lluvia, dejando que el aire entre y salga y entre, sin retenerlo, sin controlarlo.

Capítulo 8 — El derrumbe

Todo se rompió un jueves.

Anna lo supo porque Chloé se lo dijo, en la cocina de la casa de Neuilly, a las cuatro de la tarde, mientras Anna preparaba un té que no iba a tomar. Chloé apareció sin avisar, con el pelo al viento y los ojos rojos de no dormir, y dijo, sin preámbulo, como quien lanza una granada: *Mamá, tengo alzhéimer.* No era cierto —era un riesgo, no un diagnóstico—, pero Chloé lo dijo así, con esa precisión de lo impreciso que es la única forma de decir lo que no se sabe cómo decir.

Anna dejó la taza en el mármol. El sonido fue metálico, como una campana, como una alarma.

—No.

—Sí.

—No es posible.

—Emma me hizo un análisis. Mi nivel de p-tau217 es altísimo. Hay riesgo de que desarrolle demencia.

Anna miró a su hija. La miró con una intensidad que contenía treinta y dos años de miedo y culpa y amor y control. La miró como había mirado a su propia madre en los últimos años, cuando buscaba en sus ojos algún rastro de la mujer que había sido.

—¿Emma lo sabía?

—Fue ella quien lo descubrió.

—¿Y no te lo dijo?

—Me lo dijo. Hace semanas.

—¿Y no me dijiste nada?

—No era tu problema, mamá.

—Todo lo que te pasa es mi problema. Todo. Desde que naciste.
—Lo sé. Por eso no te lo dije. Porque lo convertirías en tu problema. En tu drama. En tu culpa.
Anna no respondió. Pero dentro de ella, algo se desmoronó. No visiblemente, no en la superficie, sino en ese lugar profundo donde guarda lo que no admite: la sospecha de que su forma de amar había sido, desde siempre, una forma de asfixia.
¿Es mi genética?, pensó. *¿Mi culpa? ¿Mi herencia? ¿Empezó a perderme antes de que ella naciera?*
Jules lo supo porque los datos lo dijeron.
Llevaba una semana reanalizando el subgrupo de los doce resultados anómalos. Había corrido un nuevo modelo estadístico que incluía diecisiete variables adicionales, entre ellas función renal, índice de masa corporal, nivel de vitamina D, y un marcador de inflamación sistémica que el protocolo original no contemplaba.
El resultado fue claro: ocho de las doce muestras anómalas mostraban signos de disfunción renal leve a moderada. En esos casos, la p-tau217 plasmática estaba elevada no porque hubiera patología cerebral sino porque los riñones no la depuraban correctamente. Era un artefacto. Un espejismo bioquímico. Un falso positivo.
Ocho de doce. Pero no doce de doce. Cuatro muestras seguían sin explicación. Y una de ellas era DLC-0417. La de Chloé.
Jules se sentó frente a la pantalla. Los números le devolvieron la mirada con la impasibilidad de lo que no puede sentir. Pero él sí sentía. Sentía el peso de lo que sabía y lo que no sabía y lo que debía hacer con la diferencia entre ambas cosas.
Emma le había pedido discreción. *No hables de esto con nadie. Todavía no.* Pero *todavía no* se estaba

convirtiendo en *ya no puedo callar más*. La integridad de los datos lo exigía. La ciencia lo exigía. Y algo más, algo que Jules no sabía nombrar pero que tenía que ver con su padre y su madre y las casas que se limpiaban y las palabras que se leían despacio y la promesa que se había hecho a sí mismo de no ser nunca alguien que oculta la verdad.

Cogió el teléfono. Escribió a Emma: *Tenemos que hablar.*

Louis lo supo porque Emma lo dijo.

Fue en la cocina, a las once de la noche, cuando Louis llegó del estudio con olor a café frío y cansancio. Emma lo esperaba sentada en la mesa, con las manos cruzadas sobre la madera, como quien espera un juicio.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué?

—Jules encontró algo. Hay un factor de confusión en el estudio. Función renal. Puede afectar a los resultados. Puede afectar al resultado de Chloé.

—¿Qué significa eso?

—Que puede ser un falso positivo. Que puede que mi hermana no tenga nada. Que puede que le haya dicho que su cerebro se va a deteriorar cuando, en realidad, todo es un error de laboratorio.

Louis se quedó de pie. La miró. Y entonces, con una frialdad que no era calculada sino espontánea, como un reflejo que sale de un lugar que no es la razón sino el resentimiento acumulado, dijo:

—Visité a Chloé.

—¿Qué?

—Fui a verla. Hace tres semanas. Sin decírtelo.

—¿Fuiste a ver a mi hermana sin decírmelo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tú no lo habrías hecho. Porque en los doce años que llevamos casados, nunca has ido a ver a tu hermana sin un motivo profesional. Nunca has ido a ver a nadie, Emma. Porque tu trabajo es tu vida y tu vida es tu trabajo y lo demás, lo que soy yo, lo que es esto…
Se detuvo. Pero lo que no se puede retirar es lo que ya se ha dicho.
—Siempre has preferido tu trabajo a nosotros.
La frase se quedó en el aire como un cuchillo clavado. Emma lo miró. Louis la miró. En el espacio entre los dos, doce años de matrimonio se desmoronaron como un edificio sin cimientos.
—¿Es eso lo que piensas?
—Es lo que veo.
—No es justo.
—No. No es justo. Nada de esto es justo. Pero es lo que hay.
Louis fue al dormitorio. Hizo una maleta. No grande, pequeña, de esas que se usan para un fin de semana. Salió sin decir adiós, porque el adiós es una forma de quedarse y él quería irse del todo.
Emma se quedó sola en la cocina. El silencio del apartamento era tan denso que podía sentirlo en la piel, como una presión atmosférica. El teléfono vibró. Mensaje de Jules: *Tenemos que hablar.*
Emma no respondió. Se quedó sentada en la cocina, con las manos sobre la mesa, mirando el círculo húmedo que la taza de té de Louis había dejado en el mármol. Un círculo que se secaría, que desaparecería, que no dejaría rastro. Como todo lo que se pierde sin que nadie lo vea irse.

Capítulo 9 — La decisión
Chloé decidió que quería saber.

No *saber* en el sentido vago en que ya sabía —la sombra, el riesgo, la posibilidad que la había acompañado como un perro invisible durante semanas —, sino saber de verdad, con la certeza del bisturí y la aguja y la máquina. Quiero una punción lumbar. Quiero un PET. Quiero que me miren dentro y me digan qué hay.

Emma la acompañó al hospital. Fue un martes de octubre, con un cielo de París que no se decidía entre la lluvia y la luz, como si el tiempo, como Chloé, estuviera esperando algo para inclinarse.

La punción lumbar fue a las diez. Chloé se sentó en la camilla, con la bata del hospital que le quedaba demasiado grande y las piernas colgando como las de una niña. Emma, a su lado, le cogió la mano. Fue la primera vez que se tocaban así, sin tensión, sin guerra, desde que eran pequeñas.

—¿Duele?

—Un poco.

—¿Puedo apretar?

—Aprieta.

Chloé apretó. Emma apretó. La aguja entró. El líquido salió, transparente, como agua de manantial, y Chloé pensó que era raro que algo tan claro pudiera contener un destino tan oscuro.

El flashback llegó sin avisar, como llegan los recuerdos que más duelen por ser los más felices.

Tenían ocho y dos años. El jardín de la casa de Neuilly, en verano. La abuela en el piano, tocando algo que Chloé no sabía nombrar pero que sentía como se siente el sol en la piel: sin pensar, sin comprender, solo recibiendo.

Emma corría con un libro en la mano. Chloé corría detrás, sin libro, sin nada, solo con las piernas y la risa y esa manera que tienen los niños de vivir el presente como si fuera eterno.

La abuela las llamó. Las sentó en sus rodillas. Les dijo: *¿Sabéis qué es la música? La música es el recuerdo que no se olvida. Cuando todo lo demás se vaya, la música se queda. Porque la música no vive en la cabeza. Vive en el cuerpo. Y el cuerpo no olvida.*
Chloé, a los dos años, no entendió. A los treinta y dos, en una camilla de hospital, con una aguja en la espalda y la mano de su hermana en la suya, lo entendió. Lo entendió con una claridad que le partió el pecho.
La música no vive en la cabeza. Vive en el cuerpo. Y el cuerpo no olvida.
El PET fue tres días después. Chloé entró en la máquina con los ojos cerrados. No quiso ver. No quiso ver las imágenes de su cerebro en la pantalla, como no quería ver los resultados de su sangre en la pantalla de Emma. Hay cosas que es mejor no ver para poder seguir viviendo, y Chloé, que había pasado la vida mirando lo que otros no querían ver, reservó este no-mirar para sí misma.
Los resultados llegaron el viernes.
Emma los abrió sola, en el laboratorio, a las nueve de la mañana. Jules estaba a su lado, con la discreción de quien sabe que lo que va a pasar no es suyo pero le importa.
No hay acumulación significativa de amiloide.
No hay taupatía observable.
El nivel de p-tau217 en plasma era un falso positivo. La causa: una infección renal que Chloé había tenido meses antes, una nefritis intersticial aguda que había falseado el marcador plasmático. El riñón, que no depuró la proteína correctamente, la había retenido en sangre, inflando el valor.
Falso positivo.
Emma se sentó. Las piernas no le fallaron, pero algo dentro de ella cedió, como un muro que se sostiene pero cuyos ladrillos se desplazan. Miró a Jules. Jules la

miró. Ninguno habló durante un minuto que fue el minuto más largo de la vida de Emma.
Después, Emma llamó a Chloé.
—Es negativo.
Silencio.
—¿Negativo?
—No hay patología. Fue un falso positivo. Tu riñón, una infección que tuviste. No hay nada, Chloé. No hay nada.
Silencio. Un silencio que no era de sorpresa sino de algo más profundo, más difícil de nombrar. Algo que contenía, en su vacío, todo el miedo de las semanas anteriores y, en su fondo, una desolación que Emma no esperaba.
—¿Chloé?
—Estoy aquí.
—¿Estás bien?
—No lo sé. No sé qué siento. No siento alegría.
—¿Qué sientes?
—Cansancio. Un cansancio que no sabía que podía existir. Como si hubiera vivido diez años en unas semanas.
—Lo sé.
—No. No lo sabes. No puedes saberlo. Porque tú siempre supiste que podía ser un error. Pero yo no. Yo viví como si fuera cierto. Cada mañana, cada noche, cada pincelada, cada respiro. Lo viví como si fuera cierto. Y ahora me dices que no lo es, y no sé qué hacer con todo eso que viví.
Emma no respondió. No había respuesta. Solo estaba ahí, al otro lado de la línea, con su hermana, en el silencio de dos mujeres que habían atravesado juntas algo que las había cambiado para siempre.
—¿Vienes a verme?
—Sí.
—¿Traes café?

—Sí.
—Bueno. Entonces vete a prepararlo. Que sea bueno, Emma. Siempre haces un café horrible.
Emma rio. Era una risa pequeña, rota, pero era una risa. Y en esa risa, por primera vez en semanas, algo se soltó.

Capítulo 10 — El eco

Seis meses después.

Emma

El artículo se publicó en *Lancet Neurology* en marzo. Firmado por Delacroix, Aït-Ahmed, y otros once coautores. El título era técnico, los resultados eran sólidos, y en la sección de metodología, un párrafo explicaba la inclusión de factores de confusión renal en el análisis de p-tau217 plasmática, una modificación que reducía la tasa de falsos positivos del 2.9% al 0.4%.

Jules figuraba como segundo firmante. Era su primera publicación en una revista de impacto. Cuando lo recibió, llamó a su madre. Yasmina no entendió lo que significaba, pero lloró, y Jules lloró con ella, y el silencio entre Lyon y París se llenó de algo que no eran palabras pero que era suficiente.

Emma modificó el protocolo del estudio. Ahora, antes de notificar cualquier positivo, se verificaba la función renal. Se incluían dos pruebas de confirmación. Se ofrecía apoyo psicológico. Se respetaba el derecho a no saber.

Louis y ella no se habían reconciliado, pero hablaban. No como marido y mujer, sino como dos personas que se habían conocido hacía mucho tiempo y que, poco a poco, se estaban redescubriendo. Hablaban de cosas pequeñas: el tiempo, un libro, un proyecto, el gato del vecino que se sentaba en la ventana. Y en esas cosas

pequeñas, algo se movía, lentamente, como tierra que se afloja después de una helada.

Chloé

Volvió a pintar. Pero su obra había cambiado.

Antes pintaba lo que no reconocía: manchas, formas, abstracciones que contenían todo sin contener nada. Ahora pintaba rostros. Rostros de personas mayores que encontraba en la calle, en los parques, en los bancos del metro. Les pedía permiso para retratarlos. Algunos decían que no. Otros decían que sí. Los que decían que sí le contaban sus vidas mientras ella pintaba, y Chloé escuchaba con la atención que antes dedicaba a no escuchar.

Pintaba lo que permanece cuando la memoria se va. Las arrugas que son mapas. Los ojos que contienen setenta años de miradas. Las manos que han sostenido hijos, libros, herramientas, nada. Pintaba lo que la demencia no puede tocar: la huella que el tiempo deja en el cuerpo, la belleza que no necesita recuerdo para existir.

La exposición fue en una galería pequeña del Marais, en mayo. Se titulaba *Lo que queda*. Anna asistió. Por primera vez en su vida, asistió a un evento de su hija. Llevaba un traje de Chanel y una incomodidad que contenía todo lo que no sabía ser. Se quedó al lado de un retrato de una mujer de noventa años que miraba al frente con unos ojos que no pedían nada, y Anna lloró. No delante de nadie, sino en un rincón, donde nadie la vio excepto Chloé, que la vio desde la otra punta de la sala y no fue a consolarla, sino que dejó que llorara, porque a veces el llanto es la única forma de empezar a sanar.

Anna

Empezó a escribir un diario.

No por literatura, no por vanity, no por nadie. *Por si algún día lo necesito para recordar*, escribió en la primera página. En la segunda: *Hoy es domingo. He desayunado café solo y una tostada con mermelada de higos. El tiempo está nublado. Chloé ha venido a comer. Ha traído un pastel que estaba demasiado dulce. Nos hemos reído.*
En la tercera: *Tengo miedo de olvidar. Pero hoy recuerdo.*

Jules

Fue ascendido a investigador junior. Firmó su primer contrato de dos años con financiación de la fundación Beaumont, que irónicamente era la misma que financiaba el centro que Louis estaba diseñando. Jules lo sabía y le pareció raro, pero el mundo es raro y la vida es rara y los caminos se cruzan de maneras que no se pueden planificar.
Llamó a sus padres. Mustapha contestó con la voz ronca de quien acaba de despertar.
—Papá. Me ascendieron.
—¿Qué es ascender?
—Es… es un puesto mejor. Más estable. Más tiempo. Mejor sueldo.
—¿Cuánto?
—Dos mil trescientos.
—¿Al mes?
—Al mes.
Silencio. Después, la voz de Mustapha, que contenía algo que Jules no había oído nunca en ella: orgullo.
—Estás bien, hijo. Estás bien.
Yasmina cogió el teléfono. Lloró. Mustapha le dijo que no llorara. Yasmina le dijo que llorara si quería. Y Jules, entre los dos, supo que estaba en el lugar correcto, aunque el lugar correcto no fuera un sitio sino un

momento, y los momentos no duran, pero mientras duran son todo lo que tenemos.

Louis

Fue a ver a Emma un sábado de junio. Llevaba un tubo de planos bajo el brazo y una incomodidad que disimulaba con la postura recta de quien no quiere que se le vea temblar.

—Tengo algo que enseñarte.

Desplegó los planos sobre la mesa del salón. Una casa. No un apartamento, no un loft, no un proyecto de cristal y hormigón para una fundación. Una casa. Pequeña, de dos plantas, con un jardín que daba al sur y una ventana grande en la cocina y un espacio, junto a la chimenea, para un piano.

—Es en Saint-Rémy-lès-Chevreuse. A cuarenta minutos de París. No es grande. Pero tiene luz. Y silencio. Y un jardín donde se podrían plantar cosas.

—¿Por qué?

—Porque quiero empezar de nuevo. No desde cero. No desde el principio. Desde aquí. Desde lo que somos ahora, no desde lo que éramos. Si quieres.

Emma miró los planos. Vio las líneas, las medidas, la precisión. Vio el espacio para el piano. Vio, en la esquina inferior derecha, la firma de Louis con una fecha de hoy.

—¿Un piano?

—Para la abuela. Para su música. Para lo que no se olvida.

Emma lo miró. Louis la miró. Y en ese mirarse, que era lo que llevaban años sin hacer, algo se reencontró. No como antes, no con la pasión de los treinta. Con algo más quieto, más verdadero, más parecido a lo que sobrevive cuando lo demás se va.

—Voy a pensar —dijo Emma.

—Piensa. Pero no demasiado.

Léo

Dejó la universidad en abril. No porque quisiera, sino porque ya no podía seguir el ritmo. Las clases se le escapaban, las lecturas se le difuminaban, los nombres de los profesores se le borraban de la mente entre el lunes y el miércoles.

Pero escribía. Escribía un blog que tituló *Lo que recuerdo*. No era literatura, no era filosofía, no era ciencia. Era vida. Entradas cortas, a veces tres líneas, a veces un párrafo, a veces nada, solo una imagen o una cita o una palabra que quería conservar antes de que se le fuera.

La última entrada, escrita un domingo de junio, decía: *No sé cuánto tiempo me queda. No sé cuándo empezaré a olvidar lo que ya no olvido. No sé si mañana recordaré haber escrito esto. Pero cada día que recuerdo quién soy es un día ganado. Y hoy soy yo. Y eso, por hoy, es suficiente.*

El cierre.

Era un domingo de julio. El sol caía sobre el Jardín de Luxemburgo con la generosidad de los días largos, y las hojas de los castaños se movían con una pereza que contenía todo el verano.

Emma y Chloé caminaban juntas. No de la mano, no con la efusión de dos hermanas que se reconcilian en una película. Caminaban con la naturalidad de dos personas que han dejado de pelear y que todavía no saben cómo estar en paz, pero que caminan, y al caminar, encuentran.

Hablaban de cosas pequeñas. De la abuela. De su manera de tocar el piano, de cómo sus manos volaban sobre las teclas con una seguridad que perdía en todo lo demás. De la música que sobrevivió al olvido, como una semilla que germina en un suelo que se creía estéril.

—¿Sabes lo que más me da miedo? —dijo Chloé.
—¿Qué?
—No olvidar las cosas grandes. Olvidar las pequeñas. Olvidar cómo huele el café por la mañana. Olvidar el sonido de la lluvia en la claraboya. Olvidar tu voz.
—No me vas a olvidar.
—No lo sé.
—Yo te lo recordaré. Si tú olvidas, yo recordaré por las dos.
Chloé no respondió. Pero apoyó la cabeza en el hombro de Emma mientras caminaban, como cuando eran pequeñas y el mundo era grande y el jardín era un universo y el piano de la abuela era la música de todo.
El viento movió las hojas. El sol cayó sobre las dos mujeres que caminaban sin prisa, sin destino, sin otra pretensión que la de estar juntas, en este jardín, en este día, en este ahora que era todo lo que tenían y todo lo que necesitaban.
En algún lugar de París, Louis diseñaba una casa con un espacio para un piano. En algún lugar de Neuilly, Anna escribía en su diario: *Hoy es domingo. Mis hijas están juntas. El tiempo está bien.* En un laboratorio de la Pitié-Salpêtrière, Jules procesaba muestras con la reverencia de quien toca algo sagrado. En algún lugar de la ciudad, Léo escribía una palabra en su cuaderno —*hoy*— y la subrayaba dos veces.
Y el tiempo, por un instante, se detuvo. No para siempre, porque el tiempo no se detiene nunca. Pero sí por un instante. Y en ese instante, todo lo que importaba —la música, la memoria, el eco de lo olvidado— permaneció.
Fin.